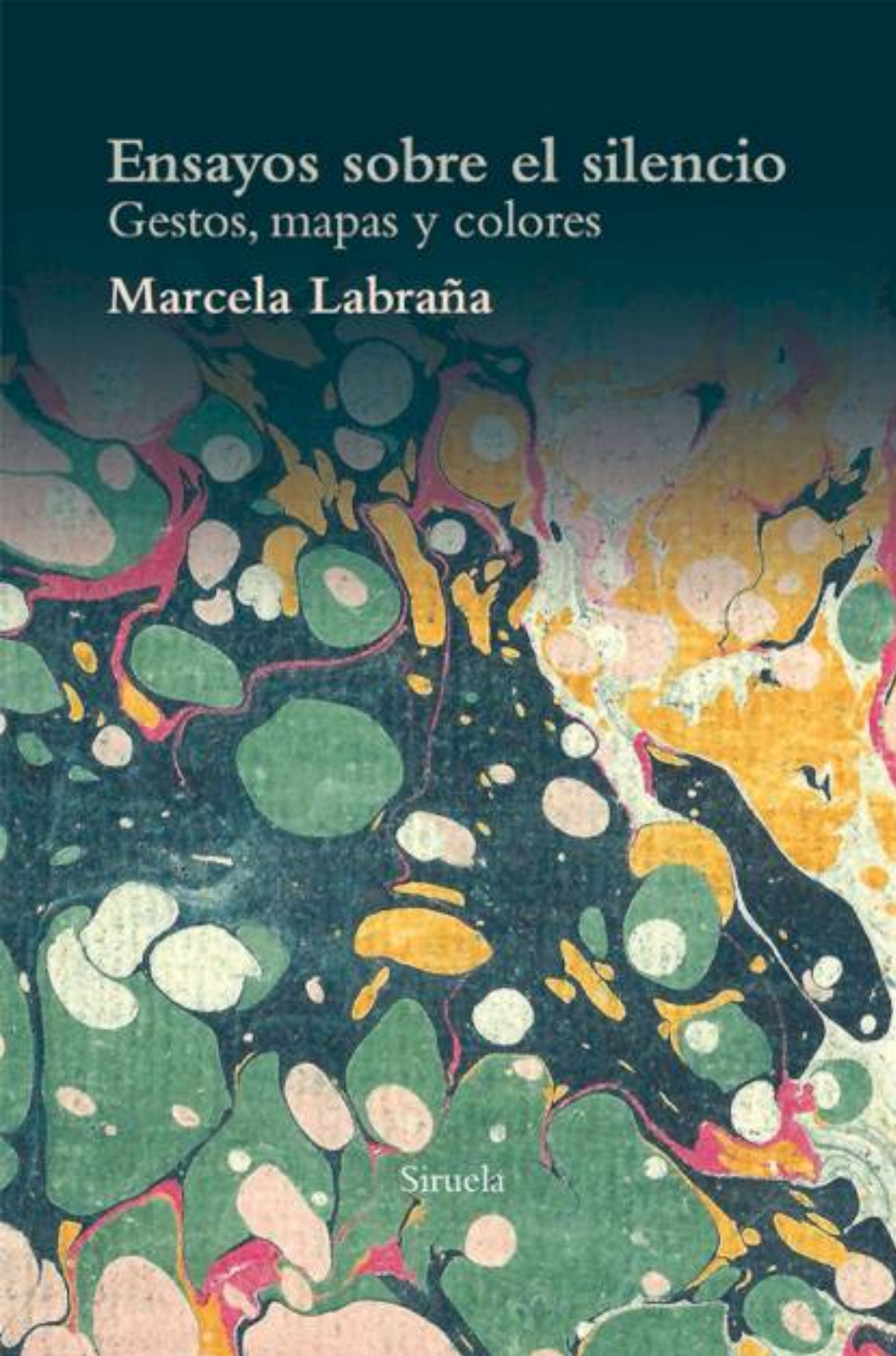


# Ensayos sobre el silencio

Gestos, mapas y colores

Marcela Labraña



Sirucla

Edición en formato digital: junio de 2017

Colección dirigida por Victoria Cirlot

En cubierta: página marmolada de la edición de 1782 de

*The Works of Laurence Sterne* M. A. de Laurence Sterne

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Marcela Andrea Labraña Cortés

Las imágenes del interior de Juan Luis Martínez e Yves Klein

han sido reproducidas con la autorización de

la Fundación Juan Luis Martínez y el Yves Klein Archives

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17151-11-9

Conversión a formato digital: María Beloso

# Índice

## Introducción

### Lo que pueden decir las manos

La mano de Dios y las filacterias vacías

Tras la huella de Harpócrates

### Señales de ruta para recorrer el silencio

Las cartografías del exceso de Jorge Luis Borges y Georges Perec

*Georges Perec y los mapas portulanos: inventarios imposibles*

*El Aleph y el tópico de la indecibilidad*

*Borges y Perec: puestas en abismo*

Lewis Carroll: un mapa en blanco

Juan Luis Martínez: apuntes para un plano improbable

### Colores en silencio

Yves Klein: su salto en el color

*Álbumes monocromos*

Something blue

*Un devoto de las causas perdidas*

«L'IMMATÉRIEL. Le VIDE»

Las curiosas páginas coloreadas de Laurence Sterne

*Páginas blancas*

*Páginas negras*

*Páginas marmoladas*

*Blanco: el silencio en espiral de Octavio Paz*

*Blanco-mandala*

*Blanco sobre blanco*

## **Bibliografía**

*A santa Rita de Cascia,  
patrona de los imposibles*

Agradezco profundamente a Victoria Cirlot por haberme motivado a escribir este libro. Agradezco también a Felipe Cussen, Andrea Palet, Camila Valdés, Alejandra León, Laia Colell, Megumi Andrade, Christian Anwandter, Josefina Schenke, Constanza Ramírez, Cristian Salgado Poehlmann, Manuela Salinas, Javiera Barrientos, Jimena Castro, Martín Gubbins, Matías Correa, Claudio Rolle, Pablo Chiuminatto, Sebastián Schoennenbeck, Antonio Cussen, Amador Vega, Aurelio Major, Jon Etxeberria, Josep Barcons, Irene de Mendoza, Macarena García Moggia, José Miguel Corrales, Roberto Cabrera y al Foro de Escritores por sus comentarios, sugerencias bibliográficas y ayuda en la traducción de los textos. Agradezco igualmente a Pedro Montes y Alita Martínez, de la Fundación Juan Luis Martínez y a Yves Klein Archives, por las facilidades para contar con sus imágenes.

Este libro está basado en mi tesis doctoral, dirigida por Victoria Cirlot y presentada en 2014 en la Universitat Pompeu Fabra, Barcelona. Pude editar y finalizar esta versión gracias a dos Becas de Creación, categoría Ensayo, del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura del Gobierno de Chile, en 2014 y 2016, y a una estancia de investigación en la Bibliotheca Mystica et Philosophica Alois M. Haas en la misma Universitat Pompeu Fa-

bra, en 2015. Ese año también consulté la biblioteca del Warburg Institute en Londres, y fui invitada como escritora residente por The Laurence Sterne Trust at Shandy Hall, dirigido por Patrick Wildgust. Gran parte de las ideas que aquí exploro surgieron mientras preparaba y dictaba clases de materias muy diversas en varias universidades de Santiago de Chile. Gran parte de los días que dediqué a la escritura de estas páginas transcurrieron en una casa del Cerro Alegre de Valparaíso.

*Es un gusto leer cualquier número de páginas  
con tal que se dediquen a un suficiente  
encomio del precioso Silencio.*

MACEDONIO FERNÁNDEZ,  
*Museo de la Novela de la Eterna*



## Introducción

El silencio, habría confesado Pedro a Judas Iscariote, era lo único que añoraba de su antiguo oficio de pescador: «El silencio de los peces cuando mueren. El silencio durante el día. El silencio al atardecer. El silencio en el curso de la pesca nocturna. El silencio del alba, cuando la barca regresa a la orilla y la noche se disipa poco a poco en el cielo junto con el frescor, los astros y el miedo». <sup>1</sup> La experiencia nos dice, sin embargo, que esos sugerentes silencios están lejos de ser absolutos: constituyen, más bien, una invitación a escuchar con atención. Si caminamos por el campo, por ejemplo, podremos percibir, como Horacio hizo hace mucho tiempo, que «el silencio, incluso a mediodía, hasta en el momento del torpor más grande, el verano, “zumba” en las riberas inmóviles de los ríos». <sup>2</sup> El acallamiento total del interior de nuestros cuerpos es igualmente inalcanzable. En una conocida anécdota, el compositor John Cage cuenta que se introdujo en una cámara anecoica con la esperanza de escuchar ese silencio, pero pronto escuchó dos sonidos, uno agudo y otro grave. El ingeniero encargado de la cámara le explicó que el agudo era el ruido de su sistema nervioso, y el grave, el de su sangre circulando. «En realidad», concluyó Cage, «por mucho que intentemos hacer un silencio, no podemos». <sup>3</sup>

El silencio, no obstante, es una de las experiencias humanas más intensas. Ana María Ochoa plantea, desde la perspectiva de los estudios sonoros, que representa un rango de emociones que van desde la quietud hasta el miedo a lo desconocido.<sup>4</sup> Quienes han analizado su función musical también reconocen la diversidad de significados que puede cumplir tanto para el auditor como en la estructura de una obra.<sup>5</sup> En *La música y lo inefable* Vladimir Jankélévitch señala que «se puede distinguir un silencio antecedente y uno consecuente; son, uno respecto del otro, como alfa y omega. El silencio-antes y el silencio-después no son más “simétricos” entre ellos que el comienzo y el fin o el nacimiento y la muerte».<sup>6</sup> Asimismo, muchos compositores han intentado expresar sus contemplaciones silenciosas a través de los sonidos. Un ejemplo muy significativo son las piezas para piano de Frederic Mompou, inspiradas en san Juan de la Cruz y su «música callada».<sup>7</sup>

El silencio tiene tanto o más que decir en la comunicación verbal. En la mayoría de los diccionarios observamos que las primeras acepciones suelen referirse tanto a la falta de ruido como a la abstención del habla o de la escritura, es decir, lo definen como una carencia, «como algo opuesto a toda actividad sea en el ámbito auditivo o en el visual».<sup>8</sup> Si buscamos en sus raíces etimológicas, encontraremos esta misma alusión a la ausencia de sonidos y palabras, y, además, la distinción entre un silencio pasivo y otro activo. Tal como plantea David Le Breton en *El silencio. Aproximaciones* (1997), en latín antiguo se distinguían *silere*: «Un verbo intransitivo, que no solo se aplica al hombre sino también a la naturaleza, a los objetos o a los animales, y que expresa la tranquilidad, una presencia apacible que ningún ruido interrumpe», y *tacere*: «Un verbo activo, cuyo sujeto es una persona, que

significa interrupción o ausencia de palabra». <sup>9</sup> Ramón Andrés, en su prólogo a *No sufrir compañía. Escritos místicos sobre el silencio (siglos XVI y XVII)*, explica que *silere* «significaba la expresión de serenidad, de no movimiento, un silenciarse sin aparente objeto, impersonal. *Tacere* indicaba, en cambio, un callar “activo”, una voluntad que pretendía antes bien la disciplina del no hablar con el propósito de ajustar o, por así decir, de anular las disonancias producidas por todo aquello que rodea al ser humano». <sup>10</sup> Esta diferenciación se hace presente en otras lenguas: *tacere* es el *siôpan* griego; *silere*, el *sigân* que señala «el reposo necesario para la lectura o atender más despiertamente la voz ajena», al igual que «el *jamoosh* (callar) y el *sukood* (silencio) persas, o el *shaqat* y el *sheqet* hebreos. Mientras que en sánscrito “silencio” se refiere como *mauná*, cumplirlo con rigor se conoce con el término *maunavratta*».

El fenómeno del silencio, como ya puede avizorarse, es un campo susceptible de ser visitado desde perspectivas disciplinarias muy distintas. A pesar de esta disparidad es posible establecer al menos dos criterios coincidentes. El primero se refiere a un cuestionamiento de su condición negativa o de carencia. Max Picard declara al inicio de *The World of Silence*, su clásico texto de 1948: «El silencio es un fenómeno autónomo y no es simplemente lo que ocurre cuando dejamos de hablar». <sup>11</sup> En esta misma línea, Ramón Andrés lo considera un acontecimiento pleno y positivo que no puede ser concebido como una oposición a la palabra o al ruido, ni como sinónimo de estaticidad: «Es, antes que otra cosa, un estado mental, un mirador que permite captar toda la amplitud de nuestro límite y, sin embargo, no padecerlo como línea última». <sup>12</sup> Otro de los libros fundamentales sobre el tema, el ya citado *El silencio* de Le Breton, enfatiza ade-

más su valor en oposición al ruido y exceso de palabrería: «El silencio resuena como una nostalgia, estimula el deseo de una escucha pausada del murmullo del mundo». <sup>13</sup>

El segundo criterio común se deriva de la imposibilidad de un silencio absoluto, e implica la necesidad de investigar el silencio no como un hecho aislado o encapsulado sino en su interacción, su relación de mutua necesidad con los sonidos, las palabras y los contextos en que surge. A partir de este principio, Ramón Xirau, en *Palabra y silencio*, establece una clasificación entre la «pausa» (el silencio intercalado entre las notas musicales o las palabras), el «callar» (desde el balbuceo y la timidez hasta el golpe sobre una mesa para pedir silencio), el «silencio del escéptico» (que piensa que nada es del todo expresable y que hay que callarse) y lo que denomina como «silencio esencial», el único «que da sentido a las palabras y que, a su vez, adquiere sentido gracias a las palabras y en ellas, es el que nace y vive con las palabras. [...] es el que está en la palabra misma como en su residencia, como en su morada; es el silencio que expresa: el silencio que, dicho, entredicho, visto, entrevisto, constituye nuestro hablar esencial». <sup>14</sup> En esta misma línea Le Breton indica: «Ninguna significación preexiste al silencio, no encarna ninguna verdad absoluta capaz por sí mismo de imponer una realidad incontestable. [...] Su polisemia le hace destinatario de múltiples usos, y comprenderlo exige aperebirse de la situación en la que participa». <sup>15</sup> Las indagaciones desde los estudios de la comunicación y la lingüística <sup>16</sup> se han enfocado en analizar esta multiplicidad de usos. Tal como plantea J. V. Jensen en «Communicative Functions of Silence» (1973), <sup>17</sup> el silencio puede unir o separar a las personas; servir para indicar respeto, aceptación o indiferencia e incluso

odio; revelar o esconder información; manifestar acuerdo o desaprobación y, por último, denotar actividad mental o ausencia de esta. Para la lingüista Muriel Saville-Troike las diferencias culturales son particularmente decisivas. Así, en los Estados Unidos, mientras los navajos acostumbran esperar varios minutos antes de responder una pregunta o dar inicio a un turno de habla, los nativos de habla inglesa suelen tardar muy poco tiempo tanto en contestar como en tomar la palabra. Para los miembros de la primera de estas comunidades un silencio breve podría interpretarse como descortesía o señal de escaso interés por el tema en discusión. Para los nativos de habla inglesa, en tanto, un largo silencio podría considerarse como una poco amigable señal de timidez o de falta de dominio del tópico abordado.<sup>18</sup> Por eso, como explica Shudong Chen, el silencio solo puede ser elocuente en la medida en que responde a un determinado contexto a partir del cual podemos determinar sus grados e intensidades.<sup>19</sup> Un ejemplo particularmente interesante es el que comenta Esperanza López Parada en su ensayo «Reductores del lenguaje»: en cierta tribu de la Polinesia «silenciar algunas palabras es un signo de duelo. Cuando uno de los miembros muere, su ajuar fúnebre se nutre con los nombres por alguna razón vinculados con él, que no volverán a ser pronunciados en la comunidad de luto».<sup>20</sup>

La espiritualidad es una de las dimensiones en las que el silencio se expresa con mayor potencia. Es una condición típica de las prácticas de oración, recogimiento y meditación en diversas religiones, en las que, como Giovanna della Croce destaca, no debe considerarse como un elemento negativo sino positivo.<sup>21</sup> Contamos con testimonios contemporáneos significativos, como los de Thomas Merton: «El mundo de los hombres ha olvidado

las alegrías del silencio, la paz de la soledad que es necesaria, hasta cierto punto, para la plenitud de la vida humana»,<sup>22</sup> y Pablo d'Ors: «El silencio es solo el marco o el contexto que posibilita todo lo demás. ¿Y qué es todo lo demás? Lo sorprendente es que no es nada, nada en absoluto: la vida misma transcurre, nada en especial. Claro que digo "nada", pero muy bien podría también decir "todo"». <sup>23</sup>

El rol del silencio es aún más agudo en las experiencias místicas. Alois Maria Haas plantea, en el capítulo dedicado al silencio de su reciente *Mystische Denkbilder*, que este tipo de experiencias demandan su comunicación.<sup>24</sup> Por ello se refiere a un «silencio locuaz», cuya paradoja básica es «el conocimiento a través del desconocimiento, el hablar a través del no-hablar, del silencio», y recuerda que «el silencio y la palabra son interdependientes en un sentido fundamental». <sup>25</sup> Massimo Baldini, otro destacado estudioso del silencio a nivel religioso y filosófico,<sup>26</sup> es el encargado de la entrada dedicada al silencio en el *Diccionario de mística* de Ermanno Ancilli. Allí resalta la turbulenta relación entre silencio y lenguaje: «El hablar místico es un hablar contra las palabras; cuanto más habla más se da cuenta de que tiene a disposición una lengua muerta, hecha de palabras gastadas; cuanto más trata de comunicarse menos se explica». <sup>27</sup> El silencio del místico, en definitiva, realiza «un suicidio semántico para servirse únicamente de las palabras del silencio, [...] es un silencio que nos habla de lo que no puede decirse». Tanto Haas como Baldini citan el dístico 68 del Libro II de *El peregrino querúbico* del místico alemán del siglo XVII Angelus Silesius para ejemplificar cómo la «oración tácita»<sup>28</sup> es la mejor forma de evocar la divinidad: «Se habla con el silencio./ Hombre, si quieres expresar el ser de la eternidad,/ Primero has de

privarte del lenguaje». <sup>29</sup> Pero esta privación, como vale la pena indicar una vez más, no significa una mudéz total, sino el horizonte hacia el que tienden las palabras del místico.

«[E]l silencio que muestra los secretos» <sup>30</sup> fue la expresión utilizada en el siglo v d. C. por Dionisio Areopagita, fundador de la teología negativa o apofática en el cristianismo. Para Le Breton, el silencio «es un hilo conductor en el mundo de la mística, aunque tenga distintos significados en función de las tradiciones religiosas», y así lo demuestra en las páginas dedicadas al cristianismo, el islam, el judaísmo, el hasidismo, el budismo, el zen y el hinduismo. <sup>31</sup> Podemos percibir el despliegue de esta idea con mayor profundidad en la compilación de ensayos editada por Óscar Pujol y Amador Vega en 2006, *La palabra del silencio. El lenguaje de la ausencia en las distintas tradiciones místicas*, donde se pone en práctica la necesidad de conocer los marcos culturales que determinan las manifestaciones del silencio. Solo así es factible establecer diálogos realmente fructíferos, como el que realiza Shizuteru Ueda entre el zen y la teología negativa, a partir de un punto preciso en común: «Una negación, radicalmente llevada a cabo, como realización lingüística de la nada absoluta». <sup>32</sup> Vega destaca que en la mística las únicas formas posibles de expresión son «la paradoja, el "oxymoron" y la negación. Todas ellas, como ha dicho Alois M. Haas, formas de lenguaje de una cierta impotencia, que finalmente resultan una potencia de lenguaje». <sup>33</sup> En efecto, el carácter extremo de la tensión ejercida sobre estas palabras aparentemente pobres e insuficientes libera una enorme cantidad de energía. La experiencia indecible, nos dice José Ángel Valente respecto de san Juan de la Cruz, «se aloja de algún modo en un lenguaje cuya eficacia acaso esté en la